

## SEGURIDAD EN LA ESCUELA



Por  
**FERNANDO PARIENTE**

**Un día de luto**  
**Es necesario prevenir**  
**El transporte escolar**  
**y otros riesgos**  
**Educar para la**  
**seguridad**

### Un día de luto

**A**UNQUE nuestro mundo es un mundo habituado ya a las noticias sangrientas, aunque el tráfico embota cada día nuestra sensibilidad con una larga lista de víctimas, sin embargo, todavía hay tragedias que conmueven de forma muy especial las fibras de nuestro sentir personal y colectivo. La catástrofe de la escuela de Ortuella es una de estas tremendas conmociones que deja el alma colmada de estupor y de incredulidad. ¡Cosas así no debían ocurrir! Ha sido una siega demasiado brutal y temprana, una cosecha de dolor y de lágrimas demasiado pesada. ¡Quién podrá llenar ahora de gritos y de risas el vacío estremecedor de la plaza del pueblo! ¡Quién podrá venir a llenar los pupitres vacíos de las clases diezmados por la muerte atroz e imprevista!

Un corrimiento de los residuos de las minas de carbón sepultó hace medio siglo una escuela del País de Gales y todavía Inglaterra mantiene vivo el recuerdo de la tragedia. Nosotros, aquí, sin embargo, parecemos marcados por un destino desalmado que se empeña en golpear nuestro vivir con tragedias parecidas, periódicamente repetida. Ortuella no es un nombre aislado, es un nombre que hay que unir al del río Orbigo en Santa Cristina de la Polvorosa, Zamora, donde apenas hace año y medio, murieron ahogados 44 escolares y 4 personas adultas; y al de Muñoz, provincia de Salamanca, donde el 21 de diciembre de 1978 un tren arrolló a un autobús escolar sobrecargado, produciendo la muerte a 30 niños y causando heridos de diversa consideración a otros 60; y al de La Rúa de Valdeorras, en la provincia de Orense, donde el 19 de abril de 1977 un autobús escolar se despeñó llevándose por delante la vida de 12 niños gallegos.

En tres años y medio 136 niños muertos prematuramente en accidentes graves y colectivos, ocurridos en el ámbito de lo escolar, constituye un triste record que nos obliga a todos a pensar.



### Es necesario prevenir

**E**CHAR la culpa al azar o al destino sólo puede servir de tópico literario y no sirve justificar nada. Todo accidente tiene unas causas determinadas, casi siempre previsibles. Se rompió la mangueta del eje delantero del autobús y el chófer perdió el control del vehículo; los niños iban jugando y distrajeron al conductor; calculó mal el chófer el tiempo y las distancias; una bolsa de gas se desprendió del depósito de propano... Siempre hay un porqué; a veces físico, a veces humano, pero siempre está la causa ahí y casi siempre el accidente hubiera sido evitable con un poco de previsión.

Lo que nos ocurre es que necesitamos recibir siempre el estímulo para prevenir a base de estos aldabonazos agresivos de la realidad, no antes. Ahora, después de Ortuella, las noticias se multiplican en los periódicos con el cierre temporal de grupos escolares para revisar los sistemas de calefacción a base de gas propano.

Ahora todos nos decimos: «el gas es peligroso, hay que revisar las instalaciones», y lo hacemos, pero ¿qué sucederá dentro de un año o de dos, cuando la memoria de Ortuella esté ya archivada en nuestro recuerdo? ¿Volveremos a revisar las instalaciones del gas con la minuciosidad que se requiere? ¿No se convertirá la tal revisión en un hecho rutinario, realizado sin gran cuidado o simplemente propuesto una y otra vez, hasta que al fin sea olvidado?

La reacción aislada frente al estímulo, la respuesta momentánea no modifica en casi nada el riesgo, ni el peligro de un siniestro. Para reducir el riesgo a mínimos se haría necesaria una planificación más seria.

Si de este accidente surgiera la obligación, eficazmente controlada, de revisar anualmente todos los elementos y todas las situaciones capaces de engendrar peligro en la estructura escolar, el dolor de esta inmolación absurda habría sido menos inútil.

Pero temo que no vaya a ocurrir así, que todo se quede en las reacciones inmediatas, en

medidas, que los políticos llamarían coyunturales o puntuales como está de moda decir ahora, sin que realmente se defina un verdadero plan de seguridad que vele por la integridad física de nuestros niños en la escuela.

### El transporte escolar y otros riesgos

**E**L caso del transporte escolar es muy sintomático a este respecto. En la actualidad el número de alumnos que necesita trasladarse a clase en un autobús es mayoritario. En las ciudades por la localización de muchos centros escolares en la periferia urbana y en el campo, porque las concentraciones escolares exigen de muchos niños el traslado desde pueblos más o menos lejanos.

Las incidencias de accidentes en autobuses escolares son bastante frecuentes y la estadística demuestra que los accidentes de transportes escolares son los que más víctimas han causado: 12 muertos en Valdeorras, 48 en el río Orbigo y 30 en el paso a nivel de Muñoz. Sin embargo, no puede decirse que, a pesar de tantos desastres en tan poco espacio de tiempo, se haya alcanzado un nivel de seguridad en este aspecto. Los niños siguen hacinándose en muchos autobuses escolares urbanos y los conductores se ven obligados a realizar verdaderas «virguerías» para conseguir cumplir con los horarios en medio del caos del tráfico a las horas punta. Viejos vehículos, que uno sospecha han sido arrinconados para estos menesteres porque los usuarios no tolerarían fueran utilizados para otros, cubren muchas zonas escolares rurales, las rutas a menudo peligrosas de nuestra geografía.

Quizá sea una presunción arriesgada añadir a la decrepitud evidente de este parque automovilístico, por lo menos en lo que se refiere a la Galicia en la que vivo, y de la que puedo ser testigo, la falta de una revisión adecuada de las piezas más vitales para la seguridad, pero uno se siente impelido forzosamente a sospecharlo y tiembla viendo correr por los vericuetos estrechos y tortuosos de nuestras carreteras algunas tartanas destartadas



cargadas de niños que se ven obligados, por mor de la planificación escolar, a pasar tantas horas de su infancia en peligrosos traslados de un pueblo a otro.

No han sido suficientes, por ahora, los accidentes, para que las medidas de seguridad tomen una tangibilidad evidente y, si existen o han sido decretadas (cosa que probablemente ocurra), pasan absolutamente desapercibidas por su inoperancia e ineficacia.

Lo mismo puede ocurrir con otros riesgos catastróficos que estén ahí, solapadamente acechando, y que pueden ser triste realidad en cualquier momento.

Todavía no se nos ha hundido una escuela y aplastado entre sus escombros algunas decenas de niños, ni ningún incendio inoportuno, como sucedió en París hace algunos años, ha devorado el edificio entero de un Colegio en pocos minutos y lo ha convertido en una inmensa trampa mortal sin salidas de emergencia ni escape posible. Sin embargo, el fuego también es aquí un riesgo; también se producen cortocircuitos y también son muy inflamables algunos elementos antiguos y modernos que se emplean en construcción. Pero las escuelas siguen sin tener abundantes salidas de emergencia; los alumnos no han oído hablar en su vida de lo que convendría hacer para desalojar lo más rápidamente posible un edificio, no suele haber extintores en sitios estratégicos y probablemente todos los inquilinos del edificio escolar tendrán unas ideas bastante imprecisas sobre cómo enfrentarse inmediatamente con un conato de incendio.

### Educar para la seguridad

**V**OY a permitirme la libertad de contar dos anécdotas personales. Hace ya algunos años fui lector de español en una Universidad Norteamericana. No me extrañó en absoluto que el edificio del Foreign Languages Department, donde yo daba mis clases, contara con una abundante red de salidas de emergencia, ni que prácticamente no existiera en el edificio un solo punto desde el que no se viera con facilidad un cartel indicador de la salida de emer-

gencia más cercana; a eso ya me tenía probablemente acostumbrado los telefilmes y el cine americano que nos inunda. Pero sí me cogió ciertamente de sorpresa lo que ocurrió un buen día mientras daba clase. De pronto un ruido bronco e intermitente comenzó a sonar, aumentando poco a poco de intensidad. Mis estudiantes se levantaron inmediatamente y empezaron a salir de clase con prisa. El pasillo, que yo veía a través de la puerta, se llenó de alumnos en un «santiamén». ¿Pero qué pasa?, pregunté a los que se iban. «Es la alarma de fuego. Hay que desalojar el edificio», me respondió alguien. «¡Qué hay fuego!», exclamé con incredulidad y sorpresa al mismo tiempo. «No creo», contestó un alumno, «esto lo hacemos dos veces al año; todo el mundo tiene que abandonar el edificio en menos de tres minutos».

Y lo abandonamos en menos de tres minutos. Nos tuvieron un rato en la calle, en medio de un frío espantoso, y después pudimos volver a entrar. Habíamos perdido una clase, me parece recordar que sobre García Lorca; yo había asistido a mi primer ejercicio de abandono rápido del edificio en previsión de accidentes de incendio, pero para mis alumnos fue una rutina más que añadir a lo más de treinta simulacros en que habían participado a lo largo de su vida escolar. Todos los centros de enseñanza del país tienen que realizar obligatoriamente estos ensayos dos veces por año, en días indeterminados y sin previo aviso.

Algunos años más tarde hubo también que desalojar el colegio de La Coruña, donde ahora trabajo, por una amenaza de bomba. El espectáculo fue, de verdad, muy distinto. No había sirena de alarma que sirviera para avisar a todos al mismo tiempo; había que avisar clase por clase y de palabra intentando meter prisa, pero no alarmar en demasía. A pesar de todo el desorden en muchas zonas del Colegio fue grande, y el tiempo que se invirtió en la operación, demasiado largo. Era, desde luego, la primera vez que ocurría una cosa de esas. ■